

La Novela Film

Núm. 91

30 cts.



Madre amantísima
por Germaine Dermoz

Luitz-Morat.

LA NOVELA FILM

Redacción | Cortes, 651
Administración | BARCELONA

Año III

N.º 91

— MADRE — AMANTISIMA

Adaptación de la
obra dramática de
PAUL HERVIEU

La Course au
Flambeau
1926

Principales intérpretes:

GERMAINE DERMOZ, BERTHE JALABERT, JOSYANE,
HARRY KRIMER Y DANIEL MENDALLE —
Maurice Schutz, André Narraiy
EXCLUSIVA:

L. GAUMONT



Paseo de Gracia, 66
BARCELONA

Dictionnaire du Cinéma Universel
(René Jeanne et Charles Ford)

¡Madre amantísima!

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

En los esplendores de la Grecia antigua se cultivaba un juego atlético que consistía en correr con una antorcha flameante en la mano hasta que otro se apoderaba de ella, al caer rendido por el cansancio el anterior, para que la carrera no tuviese fin.

El filósofo Platón veía en esta "Carrera" de sus contemporáneos la imagen de las generaciones transmitiéndose la "Antorcha" de la vida.

Así, cada nueva generación, con el egoísmo insultante de la juventud, arrebata la antorcha a la generación anterior; es decir, los jóvenes exigen a sus mayores, bajo la forma de sacrificios, el resto de sus fuerzas vivas para poder ellos correr tras la dorada ilusión del porvenir.

* * *

En una elegante estación de invierno de los Alpes, en medio de cuya naturaleza bravía ponía el "Palace" una nota de frivolidad, numerosos invernantes se entregaban al placer de los deportes propios de la estación.

Una familia acomodada se había instalado allí para asistir al espectáculo de las fiestas que se celebraban en aquel immense teatro de las nieves.

Tres generaciones la formaban, a saber:

La señora de Fontenais, la abuela. De ella era el dinero que la familia gastaba con prodigalidad.

La madre, Susana Revel, viuda desde hacía años.



En los esplendores de la Grecia antigua se cultivaba un juego atlético...

A pesar de que un segundo amor llamaba a las puertas de su corazón, no quería escuchar su voz, porque su vida entera la había consagrado a su hija.

Y la hija, Ana María Revel. También en el mi-

lagro de luz de su juventud había un rinconcito umbrío para el amor.

Alberto Didier, ingeniero y heredero de una bonita fortuna, pensaba con deleitación en dos cosas: casarse con Ana María y ser un hombre de negocios.

Aquel día, decidido a dar el gran paso, detuvo a su amada en un paseo por el helado valle, y le dijo:

—Hablemos de cosas serias, Ana María. He recibido buenos informes sobre el gran negocio que me propongo adquirir.

—Me alegro, Alberto. ¿Y qué más...

—Pues... mañana volveré a París para estudiar de cerca el asunto y hacer de paso gestiones para cobrar cuanto antes mi herencia.

—Mucha prisa tienes en ello...

—Por algo me he vuelto rápido en todas mis cosas desde que te conozco a ti, Ana María... ¡Y ya verás cómo muy pronto seré todo un señor fabricante!

—¡Todo sea por tu vanidad!

—Vamos, Ana María... Bien sabes que aspiro a las mayores empresas por otra cosa que mi egoísmo. ¿Es que no me expreso con bastante claridad?

—Mira, Alberto, cómo corren esos tres... Alcancémosles.

Y Ana María, alborozada por el brillante porvenir que se delineaba en el horizonte de su vida, libróse de la dulce presión de Alberto y le incitó a perseguirla por el albo tapiz que murmuraba al hallar sus pies.

Por la noche, como de costumbre, pero con carácter extraordinario, había fiesta en el "Palace".

El salón ardía en deslumbrantes luminarias, y las damas rivalizaban en *toilettes* y belleza. El

ambiente estaba saturado de enervante perfume de ilusión.

Ana María había merecido el halago de ser nombrada Hada de las Nieves, y presentóse, en medio del regocijo general, sentada en blanca carroza, en el salón en festejo, siendo recibida al son de unánime aplauso de simpatía.

Ni qué decir tiene que Alberto se enamoró más de su amada, tanto porque la admiración de los invernantes le zumbaba en los oídos que Ana María era muy bella, como porque, por más que mirase, no encontraba en la fiesta otra mujer tan suggestiva como ella. Se echaba de ver que en aquellos momentos cualquiera podía pedirle un favor al enamorado.

Susana, la madre de la afortunada doncella, contemplaba, en segundo plano de la fiesta, la alegría que experimentaba su hija y que hacía palpitár su noble y amante corazón.

Un hombre, en el otoño de su existencia, miraba extático a Susana. Una sombra velaba su espíritu. Miró asimismo a Ana María y, vacilante, temiendo fracasar en su intento de concretar un punto que era trascendental para su conducta en lo futuro, acercóse a Susana.

Ese hombre era César Stangy, que en el crepúsculo de su juventud se presentaba a Susana para demostrarle que la senda del amor no había terminado aún para ella.

Susana estremecióse al verle. César le imploró que le escuchase.

—He reflexionado mucho antes de venir, Susana, y si al fin me he decidido a visitarla es porque he tomado una grave resolución.

—¡Por Dios, César! No hable usted aquí... Sígame.

Se aislaron en un salón.

Entretanto, Ana María, convencida de que Alberto era el muñeco que el destino ponía en sus manos de adorable mujer, escuchaba entusiasmada las amorosas palabras que él le susurraba muy pegado a ella, y, resuelta a adquirir el interesante juguete para toda la vida, le dijo en respuesta a su petición:

—Sí, Alberto... Ahora que vas a ser todo un hombre de negocios, podrías hablarle a mamá.

—¡Oh, Ana María! Ahora mismo, si quieras...

—No sería mejor a tu regreso de París, cuando lo tuvieses todo arreglado?

—Es verdad. Entonces podré hablar de otro modo. ¡Qué feliz y qué fuerte me siento, Ana María!

En el *hall* hacían su aparición dos celebrados bailarines internacionales, Mado Minty y Georges Spanover, para deleitar con su arte a la selecta concurrencia.

Ana María y Alberto, triunfantes de dicha, fueron a presenciar el magnífico espectáculo.

¡Cuán lejos estaban de todo aquello Susana y César!

Este, pálido y temblando de emoción, balbucía a la adorada mujer:

—Susana, hace meses que espero de sus labios una palabra de esperanza.

—César... usted no puede dudar que yo le amo— respondió ella esforzándose en dominar sus sentimientos.

—Si usted se niega una vez más a ser mi esposa, nada me queda que hacer aquí...

Susana hizo además de detenerle... pero no se atrevió a pronunciar la palabra prometedora.

—Me iré a África... donde alguien me espera...— prosiguió César, apremiante.

—Entonces... esta visita es la de despedida? ¡Oh, César!...

—Hace mucho tiempo que la amo, que sufro por usted, Susana... ¿Por qué obstinarse en renunciar a la felicidad?... ¿No es usted viuda... no es usted libre?

—Sí... Sí...



—¡Qué feliz y qué fuerte me siento, Ana María!

—¿Quién la detiene, entonces?

—¿No lo comprende usted aún?... Mi hija... para la que yo lo soy todo en el mundo... ¿Cómo iba yo a privarla de su madre?

8
¿Existe en el mundo un hombre que no sea egoísta?

Difícil de contestar se nos antoja esta pregunta.

César se sintió celoso de Ana María, y como su amor propio no podía consentir que su persona no fuera bastante para vencer todo escrúpulo de la mujer amada, pasó de la súplica a cierta exigencia:

—¡Si me deja usted salir ahora de aquí, Susana, le juro que no me verá nunca más!

La madre juntó sus manos y tendiólas implorantes al nuevo amor. Unas lágrimas asomaban por sus tristes ojos.

—Espere usted aún, César... Quizás más tarde... Si mi hija se casase...

—¡No, Susana! Este es el momento de poner al desnudo nuestro amor. Yo renuncio a todo por casarme con usted. En compensación, reclamo de usted que rechace de su pensamiento ese obstáculo que surge en su decisión. ¡Ahora o nunca, Susana!

—¡No puede ser, César!... Adiós... Antes que todo, soy madre.

Incilnóse César, ocultando su profunda emoción, luchando tal vez la admiración que sentía por aquella mujer que se imponía por su hija un gran sacrificio, con el despecho de su fracaso sentimental, y alejóse de Susana... para siempre.

Esta pasaba por la más atroz de las amarguras, y al quedar sola iba a desatar su pena en llanto, cuando oyó que alguien se acercaba al salóncito. Secóse sus lágrimas apresuradamente, y a poco su hija, Ana María, como enviada por la Providencia para consolar a su madre, le echaba los brazos al cuello, muy alegre, muy dichosa.

—Esos bailarines han bailado magníficamente,

9
mamaista. ¿Por qué no estuviste en el salón durante su actuación?

—Estoy un poco fatigada, hijita, y el bullicio no es agradable en estos casos.



—¡Pobrecita mamá! ¿Quieres que te acompañe a tu habitación?

—¡Pobrecita mamá! ¿Quieres que te acompañe a tu habitación?

—¡Qué buena eres, hija mía!

—Estás temblando, mamá! ¡Oh! Vamos; yo misma te ayudaré a acostarte.

* *

A la mañana siguiente, César y Alberto se encontraron en la puerta del "Palace". No se conocían, pero el hecho de ser dos viajeros que esperaban el mismo diminuto tren de las nieves, les permitió entablar, apenas se vieron, amena conversación.

—Yo me vuelvo a París... para regresar dentro de poco. ¿Y usted?—dijo Alberto.

—¡Oh! Yo voy un poco más lejos... A África... Allí me esperan negocios.

Susana y Ana María, desde habitaciones distintas, presenciaban la partida de César, aquéllo, y de Alberto, la doncella.

Ana María palmoteaba en su cuarto, deseando que su Alberto cumpliese su palabra de regresar a la mayor brevedad posible.

Susana daba ruda batalla a su nueva ilusión con el arma del amor maternal. Varias veces estuvo tentada de gritar a César que se detuviese, que no la abandonase, pero igual número de tentativas fallaron. No, no. Ana María, la niña mimada, podría poner en duda su cariño, y acaso la imposición de otro padre hiciera nacer en su pecho hacia ella cierto rencor al considerarse postergada por un extraño en el corazón de su madre. ¡No! ¡No! ¡Eso nunca! El cariño de Ana María había de ser completamente suyo mientras el amor no llamase al corazón de la muñequita adorada! Pero ¿por qué César se había negado a esperar esa circunstancia?

La mañana estaba fría. La naturaleza parecía un inmenso sudario para su pobre corazón. El tren humeaba rompiendo la monotonía del paisaje con su negruzco vapor. ¿No parecía aquello asociarse al entierro del amor de Susana? ¿No parecía aquella densa humareda como incierto quemado en holocausto de su abnegación?

De pie junto a la ventana que daba al valle, Susana despedía al amor. Y con dolor vió alejarse al hombre amado; y le pareció que aquel tren chiquito que se perdía en las revueltas del camino se llevaba los restos de su juventud.

Era la eterna carrera de la antorcha: una vida era derribada por otra, más joven, más vigorosa, con más ansias de goce.

Apenas hubo perdido la última huella del tren, Ana María se apartó de su observatorio y, reuniéndose con su madre, se colgó a su cuello, besándola infinitad de veces.

Susana miró sorprendida a su hija, y le preguntó:

—¿Qué tienes hoy, hijita? No estoy acostumbrada a verte tan cariñosa...

—Es que... Es que... Oye, mamá de mi alma... ¿Me quieres mucho?... ¿Te gustaría verme dichosa... completamente feliz?

—Ese es mi más ferviente anhelo, Ana María. ¿Qué pasa?

—¡Ay, mamafta!... Alberto Didier... ¿sabes?... ¿Verdad que es muy simpático? ¿Te gusta?...

—Acaba, hija—la interrumpió Susana, presintiendo lo que consideraba aún lejano.

—Pues... me ha estado haciendo la corte hasta ahora... y es mi novio. Ahora va a emprender un gran negocio y quiere casarse conmigo.

—Me parece muy bien que ese joven piense en ti... pero para el porvenir. Eres muy niña aún para

pensar en matrimonio—replicó en tono anormal la madre.

—¿Por qué te pones así, mamá? ¿Es que es un pecado tener novio y pensar en casarse?



...y le pareció que aquel tren chiquito se llevaba los restos de su juventud.

Susana, que no esperaba tal sorpresa, precisamente después de su rompimiento con César, y do-

lorida por la certidumbre de que el cariño de su hija no le pertenecía por completo, se puso violenta, áspera, inflexible.

—¡Te digo y te repito que no consentiré esa boda! ¡Eres muy joven todavía!

—¡Oh, mamá!

—¡He dicho que no, y basta!

La abuela, extrañada por la discusión que sostienen su hija y su nieta, apareció ante ellas para poner paz.

—¿Qué ocurre, que os veo tan alteradas?

—¡Oh, abuelita! Mamá no quiere que me case con Alberto Didier.

—Lo he oído todo, hijita. Acaso tu madre tenga razón. Vámos a ver, Susana, ¿por qué te muestras reacia a esas relaciones que piden boda?

—Didier no tiene aún una posición social bien definida. Me parece que la prudencia más elemental aconseja esperar.

Ana María, al escuchar estas palabras de excusa de su madre, se encendió en furor, y exclamó, defendiendo su interés:

—¡Muy bien! ¡A la hora de la lucha, que él luche solo contra todas las dificultades... y cuando triunfe, entonces yo, cómodamente, iré a unirme a él. ¿No es eso lo que quieras, mamá?

Susana no pudo aguantar más su aflicción y rompió a llorar.

Ana María, reaccionando, llorando también, se acercó a su madre y le suplicó que la perdonase, emocionándose la abuela ante aquella escena.

—No llores, mamastra. Yo haré lo que tú me digas... ¡pero le quiero tanto, y él me ama tanto!

Susana necesitaba estar sola. La abuela y Ana María se alejaron hacia otra habitación.

En el momento en que acababa de sacrificarlo todo por su hija, veía Susana cómo la que ella

consideraba una niña se escapaba, con un gesto de rebeldía, del regazo maternal.

Y la mujer que todavía era joven, que todavía era bella, creyó entonces que había llegado para ella la hora de escuchar la voz del amor.

¡Sí! Tenía derecho a defenderse a sí misma, ya que su hija se disponía a abandonarla.



—¡Oh, abuelita! Mamá no quiere que me case con Alberto Didier.

—Dónde estaría César? ¡Oh! No muy lejos. Podría saber su paradero, para escribirle. Seguramente en la administración del "Palace" encontraría lo que deseaba.

Telefóneó al gerente.

—Oiga, señor: ¿qué dirección ha dejado a usted el señor Stangy para reexpedirle su correspondencia?

—Ninguna, señora.

El desaliento se apoderó de la sublime madre, y amargas lágrimas surcaron su suave rostro.

**

Algun tiempo después, en París, Alberto, en posesión de una herencia considerable, se disponía a adquirir una importante fábrica metalúrgica.

Aquel día se reunía con el industrial que le cedía el negocio para la firma del contrato.

En muchos años de lucha por la conquista del oro, el propietario de la fábrica había aprendido a dominar sus nervios.

Contrastando con la serena habilidad de éste, Alberto, ilusionado por el afán de dirigir una gran empresa, no descubrió la doblez de aquel hombre, y así, ignorando que el valor de los importantes talleres que adquiría sufría una baja considerable en la Bolsa, precisamente cuando entraba en posesión de los mismos, salvó de la ruina al astuto cessionista.

La señora viuda de Fontenais, su hija y su nieto habían regresado a su casa de París.

La abuela sufría del corazón, y el médico de la familia, amigo de la casa, le había recomendado sobremanera que no tomase café, bebida predilecta de la anciana, y si alguna vez Susana regañaba a su madre, era para hacer respetar la orden del facultativo.

Casi oficiales sus relaciones con Ana María, Al-

berto visitaba con frecuencia la casa de la viuda de Fontenais.

Aquel día, enterada Ana María de que el contrato de compra en traspaso de la fábrica metálica había sido firmado, dijo a Alberto:

—Háblale ahora, que es la ocasión... No tengas miedo... Mamá te quiere bien...

Alberto cobró ánimos y se acercó lentamente a Susana, que adivinaba su intención, pues había visto cómo su hija le acuciaba para que puntualizara la fecha de la boda.

—Señora... Acabo de asegurarme mi porvenir... y quisiera pedir a usted su apoyo para triunfar en mi carrera... Se trata de Ana María... Yo...

—Sí... sí... ya sé... Ya sé que la quiere usted mucho y que ella le corresponde...—respondió Susana con profundo abatimiento que descorazonó a Alberto.

Ana María miraba a su madre con ojos de sorpresa inexplicable.

La abuela no acertaba a adivinar la tragedia que embargaba el alma de su hija.

Hubo un largo silencio, que nadie se atrevió a rasgar.

Susana, con la vista fija en el suelo, lloraba silenciosamente.

De pronto, levantando la cabeza y dirigiendo sus miradas hacia Alberto y Ana María, que esperaban ansiosos sus palabras, esforzóse en vencer su pena, sonrió, y acogió en sus amantes brazos al futuro esposo de su hija, de su tesoro, de lo más preciado de su vida.

—Sí, Alberto... Perdona esta debilidad mía... Estoy muy contenta de que seas tú el elegido por el corazón de Ana María.

—Gracias, señora.

—¡Mamafta!

Y la felicidad de la hija borró, en aquellos momentos, el recuerdo siempre latente que dominaba en el espíritu de la bondadosa madre.

* *

Transcurrieron los años.

En su ciego egoísmo pasó la vida, arrollándolo todo...

Susana, prematuramente envejecida, pensaba más en la dicha de su hija que en el sacrificio estéril de su propia felicidad. Las visitas de aquélla le servían de consuelo. Por tal razón, aquella mañana dijo a su madre:

—Hace dos días que Ana María no viene a vernos. Es extraño...

—¡Bah! No será otra cosa que los negocios de Alberto. Si estuviese enferma te habría mandado llamar por la doncella—contestó la abuela, todo cariño.

Alberto se encontraba en la fábrica. El negocio no marchaba según sus deseos, y el pago de los vencimientos se hacía cada vez más difícil.

En el hogar del matrimonio Didier era cada vez más pálido el sol de la felicidad, pues las preocupaciones de Alberto mataban toda ilusión.

—Tú me ocultas algo, Alberto—se atrevió a decirle aquel día su dulce compañera—. ¿Por qué no te sinceras conmigo?

—¡Ana María! Mi situación es crítica, apurada. La baja de los cambios me está haciendo perder cantidades enormes.

—Estás arruinado, Alberto?

—Sí. Me encuentro al borde del abismo. ¡Necesito encontrar inmediatamente un millón doscien-

tos mil francos!... ¿Pero de dónde saco yo esa suma?

—¡Vete a hablar a mamá! ¡Ella puede salvarte!

—¿Tú crees?

—Nos quiere tanto, Alberto, que a nada se negará por nuestra dicha.

Alberto, decidido a recurrir a todos los resortes



—Hace dos días que Ana María no viene a vernos.

que tuviera a mano, no vaciló en seguir el consejo de Ana María, y a poco se entrevistaba con Susana, a la que expuso su grave caso.

Susana se asustó ante la quiebra en puerta, y

lamentóse de no poseer fortuna propia para sacrificarla por sus hijos.

Pero...

—Vosotros ya sabéis que yo carezco de capital. Sólo mi madre podría ayudarte... Vete ahora, que yo le hablaré.

Obedeció Alberto, pues la abuela se acercaba, y



El negocio no marchaba según sus deseos y el pago de los vencimientos se hacía cada vez más difícil.

ésta, requerida por su hija, se dispuso a escucharla, muy ajena a lo que acontecía.

—Mamá, acabas de ver a Alberto. Se marchó porque yo se lo indiqué cuando vi que tú llegabas. Ha venido a suplicarme que le salve de la ruina..., de

la ruina, ¿oyes bien?... Ana María debe estar desesperada... Necesita una fuerte suma... Tú la tienes... Yo no tengo nada... ¿comprendes?... Tú sola puedes ayudarle y debes hacerlo... No ya por él, sino por mi pobre hija, que no está acostumbrada a sufrir...

La abuela, muy resuelta, repuso:

—No, Susana, no prestaré ni un céntimo.

—¡Pero mamá, por Dios, reflexiona! ¡Es la quiebra, la ruina, el escándalo!

—¡No, no! Esa fábrica se comerá toda nuestra fortuna. ¿Has olvidado ya los negocios ruinosos de tu difunto marido?... También una fábrica que marchaba mal se llevó toda tu fortuna... y puso la mía en grave peligro... ¿Olvidas que por salvar un negocio sin salvación posible tu marido arruinó tu felicidad y el porvenir de tu hija?

—Pero mamá... Se trata de Ana María...

En tanto, en su casa, Alberto decefa a su esposa:

—Tu madre ha quedado en llamarme por teléfono de un momento a otro. Es raro que no haya llamado aún. Voy a llamarla yo mismo, porque esta ansiedad me abrasa.

Funcionó el teléfono. Susana se puso al aparato, no equivocándose al suponer que era Alberto el que llamaba.

—¿Qué quieres? La respuesta, ¿verdad?

—Sí, la contestación de la abuela... Estoy impaciente por saber...

—Mira, Alberto, no lo tomes a mal: mi madre no puede entregarte dinero, pero si se niega a ayudarte en tu negocio, porque no tiene confianza en él, en cambio os ofrece su casa, para que vengáis a vivir con nosotros.

—Si la señora de Fontenais se niega a ayudarme, no me queda más que la muerte...—respondió enérgicamente Alberto, soltando el aparato.

Susana, dirigiéndose a su madre, que estaba a su lado, exclamó implorante:

—¡Es horrible, mamá! ¡Dice que si no hace honor a su firma se matará!, ¿lo oyes bien?... ¡¡SE MATARA!!



—Si la señora de Fontenais se niega a ayudarme...

La abuela, que interiormente sufría horrorosamente, se mantuvo en su energética actitud, y dijo a Susana, persuasiva:

—Pero, hija mía, sé razonable... Ya sabes que

tu padre, al morir, me hizo jurar sobre tu cabeza que no arriesgaría nunca, por nada ni por nadie, el capital que me queda...

* *

Falto de dinero, el poderoso motor de las modernas civilizaciones, la fábrica tenía ahora en sus vastas salas una quietud de cementerio.

Mientras tanto, Alberto revolvía inútilmente cielo y tierra en busca de sumas para atender a sus compromisos.

Ana María, por salvar a todo trance a su marido, entrevistóse con su madre, resuelta a no retroceder ante nada.

—¡Alberto!... mi Alberto!... ¡Sálvalo, mamá!

—¿Cómo, hija mía? ¡Si yo pudiera!...

—Mamaíta, tenemos que salvarle... La abuela ya se ve que no quiere hacer nada... pero tú... si tú pudieras por medio de tus relaciones...

—Imposible, hija mía... No conozco a nadie que pueda prestarse a una operación como la que desea tu marido.

—Yo he oido decir que tenías un amigo de verdad... uno de esos amigos para las ocasiones... que era además muy rico... y que hasta creo que quería casarse contigo.

Susana se sobresaltó al contacto del recuerdo, y dijo a Ana María:

—No veo la necesidad de traer en este momento tal recuerdo... Por otra parte, no sé siquiera lo que ha sido de César Stangy.

—Precisamente, el otro día, Alberto, consultando un anuario telefónico reciente, encontró su direc-

ción. A ver, que yo lo busque en el vuestro... Mira... Aquí está.

Susana se quedó extática ante aquel nombre.
—Oh, Señor! ¡Era como si estuviese deletreando en el mármol de una tumba un nombre que hiciese latir apresuradamente su corazón!

—Hazlo por Alberto, mamá... por mí...

Susana despertó bruscamente de su sueño.

—¡No... no! ¡Acordarme de él para pedirle dinero?... ¡Nunca! ¡Sería monstruoso pedir dinero en nombre de un sentimiento sagrado!...

—Pero, mamá...

—Compréndeme, Ana María... tú eres mujer también...

—¡Sí, soy mujer, la mujer de Alberto, y no quiero perderlo!

La amenaza de muerte de Alberto venció en Susana todo escrúpulo.

—Está bien—dijo—. Le escribiré.

Empezó la carta. Parecía dispuesta a terminar pronto. Pero apenas hubo puesto la fecha, Ana María, sonriente, murmuró:

—¡Quién sabe, mamá, si esta carta puede aproximarnos de nuevo!...

Susana soltó la pluma y cogió el espejo que su hija le deslizara discretamente. Contemplóse unos instantes en él. Se vió vieja, muy vieja.

—Estos cinco años que han pasado me han envejecido mucho.

—No lo creas, mamá... Estás muy guapa.

Susana esforzóse en sonreír, y volvió a coger la pluma, terminando la carta sin interrupción.

Luego, al quedar sola, volvió a mirarse al espejo, y, sugestionada por las palabras de Ana María, y deseosa de serlo, se sintió rejuvenecida...

* *

Un mes más había transcurrido, y a los que vivían en la ansiedad de la espera no había llegado ni una sola palabra de César, en contestación a la carta de Susana.

Alberto se había declarado en quiebra, y ahora vivía con su esposa en el hogar de la abuela.

Las emociones y los sufrimientos de los últimos tiempos habían hecho mella en el débil organismo de Ana María.

Alberto necesitaba imprescindiblemente quinientos mil francos para llegar a un acuerdo con los acreedores. Había pensado en el suicidio, pero el temor de matar con su muerte a Ana María le libró de la terrible tentación.

Susana, enloquecida por la suposición de ver morir a sus dos hijos, no vaciló, tras de horribles esfuerzos, en forzar el cajón donde su madre guardaba sus valores, y robó la cantidad que Alberto necesitaba para levantar la quiebra.

Las malas acciones, cuando no son cometidas por un miserable, son siempre descubiertas, y a la mañana siguiente, cuando Susana trató de hacer efectivos los valores en casa del agente de cambio amigo de la familia, se descubrió a sí misma al firmar con el nombre de su madre, que falsificara en los títulos, el recibo del dinero.

—¡Señora, usted ha falsificado la firma de su madre!

—¡Yo?... Sí... Fué por salvar a mi hija... ¡Oh, perdón! ¡Hagan de mí lo que quieran!

—Cálmese... Le prometo no revelar a nadie este mal paso... Los valores quedarán restituídos a su señora madre...

Se agravó de tal manera el estado de Ana María, que el doctor recomendó que fuera transportada inmediatamente a la montaña.

Alberto no podía ausentarse de París, pues ha-



Luego, al quedar sola, volvió a mirarse al espejo.

bfa empeñado su palabra de honor al liquidador nombrado por el Tribunal.

—Su madre puede acompañarla—dijo el médico, refiriéndose a Susana.

26
La abuela añadió:

—Y yo...

Susana no estaba allí. Cuando llegó a su casa encontró al doctor en la escalera del piso alto.

—Vengo de ver a su hija... Tiene un agotamiento nervioso provocado sin duda por crisis morales. Es necesario someterla, sin perder un día, a la acción tónica de las grandes alturas.

—Bien, doctor...

—Supongo que no ignorará usted que su señora madre tiene el corazón muy enfermo... Su última estancia en las montañas le fué funesta... Llevarla allí de nuevo sería matarla. No le diga usted nada sobre esto que acabo de indicarle. Los cardíacos son muy impresionables.

—Gracias, doctor...

Susana reunióse con su madre, su hija enferma y Alberto.

—¿Has hablado con el doctor?—le preguntó la abuela.

—Sí, madre... Hoy mismo nos marcharemos.

—Desde luego, yo pago los gastos de vuestra estancia en la montaña, por todo el tiempo que sea necesario. Como Alberto tiene que quedarse aquí, tú y yo podemos irnos con ella.

Susana recordó la amenaza del doctor, hablando de su madre, y le contestó rápidamente:

—Mamá, tú no debes ir...

—¿Qué dices? ¿Quizá tratas de castigarme por no haber ayudado a Alberto?... ¡Pues te hago saber que si no voy con vosotros, no pagaré nada!

Susana se halló frente a un terrible dilema. ¡Oh! Se opondría con todas sus fuerzas a que su madre le acompañase a la montaña. Pero... ¡y Ana María? ¿No había dicho la abuela que se negaría a dar dinero si no le permitían ir?

Cuando quedaron a solas Susana y Ana María,

esta preguntó a su madre si había conseguido el dinero que precisaba Alberto y que, según su promesa cuando se marchó por la mañana, tendría sin falta a su regreso.

—No, hija mía, el plan que yo tenía ha sufrido un pequeño retraso... Me quedaré aquí... para arreglarlo...

—Mamá... yo no tendré valor para marchar sola... Si tú no me acompañas... me quedo aquí, aunque me muera.

En el cerebro, en el corazón de Susana se entablababa, violenta, la lucha entre su amor de madre y su amor de hija...

La abuela reapareció en la cámara de Ana María, y preguntó severa:

—Susana, ¿contáis conmigo para el viaje o no?

Y Susana, dominando en ella el amor maternal, hizo un leve movimiento de cabeza, aceptando...

* * *

En la montaña, Ana María se sentía renacer. Un buen día llegó un telegrama para ella, enviado por Alberto. Decía lo siguiente:

Llego con Stangy a las ocho noche, pues él quiere ver a tu madre. Stangy paga acreedores y me asegura su ayuda para el porvenir.—ALBERTO.

—¡Oh, mamá! ¡Salvados! Lee este telegrama.

Impúsose Susana del contenido del parte, y su corazón palpitó de emoción. ¡César próximo a llegar! ¡Cómo la encontraría?

Dieron las ocho. La ansiedad de las mujeres aumentaba a cada minuto después de esa hora.

Susana esperaba a los viajeros en el salóncito en que, años atrás, despidiera a César, renunciando a él por su hija.

Ana María recibió alegremente a Alberto, como completamente restablecida después de recibir la grata nueva, y prodigó sus más agradecidas sonrisas a Stangy.

—Quisiera ver a su madre — dijo éste a Ana María.

La muchacha sonrió y puso al forastero en dirección al saloncito.

El temido momento había llegado. Susana miró a César con gratitud y ternura. El, respetuoso, inclinóse delante de ella, estrechó su blanca mano, y explicó su tardanza en contestar a la carta que ella le enviaría.

—Su carta llegó a África poco después de mi última partida y me ha seguido a París... Excuso decirle que tan pronto la recibí corrí a verla a usted... Como no la encontré, fui a ver a su yerno y él me explicó... Naturalmente, ese joven puede contar conmigo.

—¡Qué triste nuestro encuentro, César!... ¿Se acuerda usted de la última vez que nos vimos... hace cinco años?...

—Es verdad, Susana... Esta entrevista está impregnada de melancolía...

—¿...?

—Yo estoy casado...

—¡Ah!...

—Mis últimas esperanzas de que usted llegase a ser mi esposa, murieron en nuestra última conversación... Entonces, allá lejos, rehice mi vida...

Susana estaba llovida. No pudo articular ni una palabra.

Alberto y Ana María irrumpieron en el salóncito.

César acercóse al joven, y le dijo, empujándole hacia fuera:

—Todavía tenemos que hablar a propósito de nuestro nuevo negocio...

Salleron. Ana María, correspondiendo a la curiosidad de su madre, le explicó:

—El señor Stangy le ha ofrecido a Alberto una espléndida situación en África...

—¿En África?... —preguntó asombrada Susana.

—¡Hay millones que ganar!

—¿Y tú... qué piensas hacer?

—Eso no se pregunta, mamá! ¡Irme con Alberto, aunque sea al fin del mundo!

—¿Y me abandonarás?

—Tú sabes lo desgraciado que ha sido Alberto en estos últimos tiempos... No es cosa de dejarlo marchar solo...

Susana, presa de dolor, indignóse:

—De modo que prefieres a Alberto... a ese hombre que ha traído el dolor y la desgracia a toda la familia... a ese marido que a cambio de tu belleza y quizás de tu dote?...

—¡Mamá, mamá!... ¡Que estás ofendiendo a mi Alberto!

—Ese marido que no te ha traído más que la ruina, la quiebra, el fracaso!...

—¡Adiós, mamá!... ¡Yo sé cuál es mi deber! ¡Me voy con mi fracasado!

Desapareció la exaltada muchacha, sin comprender el dolor de su madre, y la abuela, acercándose a Susana, le ofreció sus brazos para que en ellos hallase consuelo.

—¡Mamá!... ¡Mamá!... ¡Mamá de mi alma!... Y yo que todo lo había sacrificado por ella... que por ella llegué a ser hasta ladrona!...

—Llora, hija mía, llora... Es el único recurso que nos queda a todas las madres,

* * *

Ana María y Alberto siguieron a César, que prometía la fortuna.

Los dos jóvenes que egoístamente se lanzaban



...sintió un agudo dolor en el corazón.

hacia el porvenir, no hacían más que obedecer, sin discutirla, la ley humana que quiere que los padres se sacrificuen por sus hijos, a fin de que éstos continúen transmitiéndose la antorcha de la vida, sacrificándose a su vez por su descendencia.

Susana y la abuela salieron al nevado valle a

despedir aquél tren chiquito que se perdía a las revueltas del camino.

La amargura de ambas mujeres era tan intensa como el frío que helaba sus cuerpos.

Susana desahogaba su pena en lágrimas. La abuela, tratando de consolar a su hija, ocultando su propio e inmenso pesar, sintió un agudo dolor en el corazón, como si intentaran arrancárselo. Quiso gritar, mas no pudo. De pronto encogióse nerviosamente y expiró en brazos de Susana. Habiése cumplido la sentencia del médico.

Y la pobre Susana, mirando al cielo, clamó con desespero:

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Por salvar a mi hija he matado a mi madre!

Y allá lejos, en el tren chiquito, Ana María y Alberto se acariciaban...

FIN

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN
REVISADO POR LA CENSURA GUBERNATIVA

PROXIMO NUMERO
LA INTRIGANTE NOVELA,

EL CÓDIGO SOCIAL

Magnífico asunto, interpretado por
**VIOLA DANA, MALCOLM MAC
GREGOR, etc.**

32 Páginas 10 Fotografías

Precio: 30 Céntimos

Postal regalo: **TSURU AOKI**

LA NOVELA FILM se pone a la venta en todo España
todos los martes

SU REVISTA PREFERIDA
PUBLIC-CINEMA

DE VENTA EN TODOS LOS
KIOSCOS Y LIBRERIAS

RECOMIENDELA A SUS AMISTADES

EN TODOS LOS KIOSCOS Y LIBRE-
RIAS ENCONTRARA USTED

LA NOVELA INTIMA CINEMATOGRÁFICA

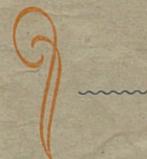
BIOGRAFIA DE ARTISTAS DE LA
PANTALLA

SALE TODOS LOS JUEVES

¿Ha adquirido usted nuestro
último número

El Fantasma de la Opera?

¡Gran éxito! ~



¡Se está agotando completamente!

Precio: 30 céntimos